

## SOBRE LA EXTENSION Y COMPRENSION DE LA SEGUNDA ENSEÑANZA (\*)

La hora de rebeldía y exigencia social que vivimos presenta un vértice grato en la conquista, cada vez más afianzada, que de los diversos establecimientos de cultura han venido haciendo las masas. La más sumaria inspección es suficiente y sobrada para comprobar que, según los siglos han ido revelándose, con una u otra regularidad, cambiando el ritmo, ha ido sin cesar aumentando el número de alumnos en los diversos estadios en que tradicionalmente se ha venido dividiendo el proceso de la educación.

Se ha reparado con morosidad en la transformación que ello ha acabado por producir en el alma de la multitud; aquí importa derivar la atención hacia el influjo que, a su vez, la presencia de ésta, ha podido ejercer sobre el tono y nivel de las viejas cátedras. El problema que hoy se plantea justamente, con la pretensión de llevar la segunda enseñanza hasta los últimos límites de la población, de modo que a nadie dejen de ser asequibles sus aulas en lo sucesivo, necesita de algunas consideraciones y puede encontrar algún género de ilustración y ayuda en el recuerdo de lo que hubo de acontecer cuando se abrieron también a todos las puertas de la enseñanza primaria, que también pasó por la etapa de privilegios de algunos, antes de convertirse en derecho de la mayoría, y sucesivamente, para acabar, en obligación de todos.

En aquella su primera época, la primera enseñanza, era algo sólo aliciente y sugestivo para los que se orientaban hacia unas aulas superiores, porque desde el principio se veía, en el niño alumno, al galeno o al clérigo que llevaba dentro e im-

---

(\*) Estas consideraciones, en sustancia, fueron ya expuestas ante la Sección correspondiente del I Congreso Interamericano de Educación, celebrado en Madrid en el otoño de 1949, pero de modo tan lacónico que su claridad se vio notablemente enturbiada; éste es el motivo que me ha hecho acceder a una nueva, más amplia, redacción.

portaba empezar a desenvolver cuanto antes. Pero la masa ha ido accediendo a estas aulas y con ello, mientras su espíritu se definía y limaba en algún modo, bajo la percusión difusa y espaciada del maestro, imponía a éste también alguna dirección no menos decisiva, y la enseñanza, así, se ha visto radicalmente modificada: Aquellas disciplinas y aquellos métodos interesantes y sugestivos para el futuro teólogo o el futuro abogado, carecían de alicientes para aquél que proyectaba la trayectoria de su vida ajena a la Universidad. Lo que era ejercicio excelente con valor de entrenamiento y anticipación para el doctor en potencia, carecía del mínimo sentido y albergaba menos que dudosa conveniencia, tal vez para el lego, fuese industrial, comerciante o labrador.

Y así se ve cómo, por ejemplo, el latín que se había mantenido porque aún era vehículo de la relación científica o las diplomáticas, va poco a poco perdiendo presencia en este primer ciclo de la educación para encontrar alojamiento más allá de la frontera con la segunda enseñanza, donde tal vez encontremos algún residuo de este vicioso prematuro especialismo.

La nueva mayor abertura de diafragma obliga a aceptar una pérdida proporcional de profundidad; la relación inversa entre extensión y comprensión venía a encontrar aquí una nueva, gráfica y aleccionadora ilustración en el mundo de los hechos.

La enseñanza primaria, para abrirse a todos sin perder fuerza aliciente, hubo de renunciar al universitario en cuanto y dedicarse pura y simplemente al hombre, que era precisamente lo único en lo que, con toda seguridad, iban a coincidir todos los convocados ante el umbral de sus cátedras. Hoy nadie piensa que, en los primeros años, se deba enseñar al niño nada que no le corresponda aprender sencilla y llanamente por ser hombre, y la enseñanza primaria tiene de este modo un valor y un sentido exclusivamente humano; humano, sin más.

Ahora corresponde a la segunda enseñanza extender su campo de aplicación. Cabe preguntarse si, tal como ha cristalizado a través de su particular historia, puede ofrecerse como un objetivo en verdad atrayente para el crecidísimo número de muchachos que intenta reunir en sus aulas. Pudiera ocurrir que, si bien el son de la convocatoria fuese tal que alcanzara valor general, el interés no acertase a prender más

que en muy escaso número: aquellos, por ejemplo, que hubiesen, de antemano, delineado el futuro de su vida bajo la regla de algún limitado perfil particular.

En principio, dos tipos vigentes de segunda enseñanza obligan a temer la posibilidad señalada en segundo lugar. Por de pronto, ahí está el bachillerato clasificado bajo un rótulo que dice: *Enseñanza media*. La expresión cuadra con exactitud al concepto que se ha tenido de este ciclo educativo al cual se ha venido a constituir en puente de unión entre la escuela primaria y los establecimientos de enseñanza superior.

Si es muy lícito e inevitable, por natural, el apoyo en las primeras letras, porque teóricamente, *de iure* y *de facto* en el caso que nos ocupa, nadie escapa sin su posesión, no lo es, en cambio, con las últimas, a las que —*de facto* y *de iure*— sólo tiene acceso un muy reducido número de los que son capaces de superar el estadio primario de la educación.

De aquí, pues, que la gravitación de cuantos con fuerzas para saltar sobre la primera enseñanza no las alcanzaban, fuera cual fuese el fallo, para llegar hasta los estudios superiores haya abonado la cristalización, bien definida, al margen del bachillerato, oficialmente monopolizador de la enseñanza secundaria, de eso que viene llamándose *cultura general*, no como sucedáneo, sino en riguroso papel de antagonista; en realidad, complejo áptero de técnicas menores de valor meramente útil para una material y desgarrada victoria inmediata sobre la vida en sus primeras escaramuzas.

El bachillerato, pues, tanto de hecho como jurídicamente, ejerce cierta sugestión condicionada por las posibilidades o proyectos del sujeto. Por un lado, es *enseñanza media*; por otro, se observa que aquellos que no van a asistir a la Universidad en modo alguno lo estudian, haciendo suponer que muy poco o nada esperan de él en orden a su formación para la vida. Puede, incluso, maliciosamente, llegar a preguntarse si los que lo siguen con vistas a los estudios superiores lo hacen porque en verdad les facilita el camino o simplemente en razón de que es condición administrativa ineludible.

Factores muy principales de esta precariedad de la segunda enseñanza, en que las dos ramas que se han señalado son, sin duda, la época histórica en que ha tenido lugar su cris-

talización y la estrechez del objetivo propuesto en uno y otro caso.

De un lado, como la primaria en su día, la segunda enseñanza arrastra la deficiencia propia de lo que se ha venido aplicando siempre a uno y el mismo estrecho objetivo; a fuerza de ser usados, los guantes acaban por adaptarse minuciosamente a los perfiles de las manos sin pararse a seleccionar lo que en ellas pueda ser perfección o irregularidad morbosa.

Por otra parte, la segunda enseñanza actual en las versiones que se han señalado, no deja de ser secuencia estrechísima del clima positivista de la Edad Moderna, en que la sombra de Descartes comienza tempranamente y de manera decisiva a abonar la tierra para el dogmatismo receloso y al cortado de Comte. Se persigue y supervalora el saber de lo concreto y de aplicabilidad inmediata, el conocimiento de la Naturaleza para una mejor clasificación y dominio de las cosas inferiores al hombre, con abandono paralelo de lo que está por encima de él y mediatamente es capaz de conducirle por su vida, que es más que trayecto entre obstáculos y útiles materiales.

El cruel arco de ballesta que hoy describe la Historia hace desviar no poco la esperanza de los siglos modernos y volver la atención hacia los valores que alcanzaron su cenit en la etapa medieval.

Si el momento actual puede ser fecundo en cuanto que desde él aparece vencida y superada la Edad Moderna con la intrascendencia de sus ideales, la potencialidad de la ocasión se amplía al concurrir la segunda circunstancia de exaltación social, también anotada. Quizá, en último término, la precariedad advertida se daba a la estrechez del campo sobre que hasta ahora ha venido aplicándose. El bachillerato, en los últimos siglos, ha ido progresivamente perdiendo sustantividad hasta convertirse en simple escalafón para ulteriores estudios, que venían de esta manera a condicionarlo en su silueta, interfiriendo su cristalización y estructura. De ahí la tendencia a dividirlo mediante una madrugadísima bifurcación que separaba letras y ciencias, privando al estudiante en todo caso de uno de los dos sectores o el afán de sacudirse los últimos tramos bajo pretexto de la ociosidad de tal o cual disciplina a la hora de abaratar el camino hacia una u otra carrera y

ejercer cualquier determinada profesión, que es como abrir la puerta a una generación de bachilleres ignorantes de la situación del hígado, el perfil de un pino, la obra de Shakespeare o la significación de la Revolución francesa; ignorancias que, si siempre se han podido temer, el estar oficialmente sancionadas y reconocidas se tenían, de paso, de un cinico resplandor que permitía mirar despectivamente, desde la otra acera, por encima del hombro, unas veces al científico er ciernes y otras al aprendiz de humanista. Sin perjuicio, naturalmente, de prolongar esta desvergonzada actitud a lo largo de toda la madurez.

Pero ya se ha sufrido bastante al especialista precoz, profesional químicamente puro, exento del mínimo de cultura y formación humana, pura y simplemente humana, exigible en cualquiera de los que por su situación relativa en el sistema social está afectado por la responsabilidad, no siempre leve de moverse sin desorientar, ya que no conduciendo.

Se precisa, como remedio, una disciplina común, de algún tono, previa a la especialización. El futuro profesional ha de formarse primero en unos hábitos generales de más valor que los particularísimos y diferenciales suyos, pero que, de añadidura, le facilitarán extraordinariamente en su día su distribución y cuadrículado. Y para esto es ocasión excepcionalmente propicia esta de máxima expansión de la segunda enseñanza.

El aumento definitivo del diafragma, hasta dirigirse a todos los que ha venido apuntando, sólo a algunos, muchos o pocos, patrocina una consideración nueva y peculiar. Algunos muchos o pocos, pueden ser tomados en común bajo la unidad de las más diversas formalidades; los seres más heterogéneos y de silueta más encontrada pueden agruparse bajo infinidad de conceptos diversos, siempre y cuando se renuncie de antemano a la pretensión de atarlos precisamente por su esencia. Así se dividen los soldados en compañías o se agrupan los muchachos en equipos de fútbol o los animales son distribuidos por su alzada o el color de su pelaje. Análogamente, en el bachillerato concurren accidentalmente emparejados a escuchar las mismas explicaciones alumnos que poco o nada tenían que ver entre sí, porque la trayectoria proyectada para su vida ofrecía perfiles nada semejantes. Entonces, como este es-

tadio discente adquiriría valor en función de lo que venía precediendo, o se tendía a atomizarlo en nombre de una más perfecta preparación para el futuro, o se integraba el alum-nado en una borrosa unidad rebelde a la definición y el rótulo.

Ahora bien; cuando se trata de captar precisamente a todos los seres bajo una y sola universalísima noción, caben dos posibilidades, con términos de llegada radical, y en este caso gravemente diferentes: o por vía de abstracción formal se acierta a herir a las cosas en su máxima y esencial hondura dando lugar a que alumbré el objeto formal de la sabiduría humana, o por sucesivas crecientes elementales aplicaciones del campo dado de visión se van disolviendo colores y difuminando aristas, hasta confundir todo en lo que, por extensión insuperable, no tolera predicado alguno; que, rigurosamente, es nada, noche de gatos pardos sólo asequible al vuelo genio y monstruoso con que la dialéctica de Hegel salva el principio de contradicción.

A nuestro propósito traducido esto quiere decir que *todos* los hombres pueden ser considerados bajo una perspectiva, o haciendo que ésta seleccione precisamente su rasgo esencial o, por el contrario —y aun no exento de problematismo—, que de restringida a un mínimo accidente de máxima superficialidad: el blanco de los ojos, por ejemplo.

Así, pues, si la presencia en el aula de segunda enseñanza de alumnos que sólo representaban una parte, mayor o menor, de la sociedad, podía inducir a la tentación de ganar tiempo y considerarlos como futuros profesionales o, en todo caso, bajo un punto de vista particular, al convocar a todos sin excepción, va a hacerse preciso pensar que nada es posible que pueda convenir a todos a no ser precisamente aquello que convenga al hombre precisamente por ser hombre sin más determinación.

Liberada de la servidumbre a lo profesional y técnico, vendiendo la época utilitaria e intrascendente, moderna, en que ha nacido y adquirido su consistencia actual, la segunda enseñanza, al ensayar su expansión definitiva, podría estructurarse como un sistema sustantivo, dirigido expresamente, y en modo muy principal, a la formación del hombre en cuanto tal hombre, dejando el cuidado de prepararlo técnica y profesionalmente a otros estadios, ulteriores o paralelos, según el

caso, pero ajenos y que recibirían así una materia mucho más noble, desde luego, e infinitamente más apta para hacerse cargo de una especialización concreta que entonces, al verse sobre su espíritu, previamente moldeado y dueño de una sólida concepción del universo, podría llevarse hasta donde materialmente fuese posible sin escrúpulo de pelígro.

En nuestros días, cuando el especialismo se ha hecho definitivamente insoslayable y gracias a él la vida presenta posibilidades insospechadas tiempos atrás, importa también de manera decisiva contrapesar con conocimientos de tipo general panorámico la estrechez de paisaje, creciente, siempre mayor que la profesión tan repetidamente exige. Si ha podido decirse cuerdamente que quien sólo sepa medicina ni aun medicina sabe, hoy la reflexión ve multiplicada su validez al repetirse ante las mil ramificaciones que gran mayoría de las profesiones presenta; y la forzosa atención exigida por cada brazo del delta, a escala mínima, sólo podrá prestarse sin peligro a condición de haberse demorado seriamente en aquellos tramos genéricos, sin contar la madurez, ya aludida, que indefectiblemente proporciona.

No hay que decir hasta qué punto habría de recomendarse el estudio de la filosofía, hasta llegar, sin insistir en tecnicismos ni formalidades impertinentes, al modelamiento de un hombre exento y protagonista de su propia vida, sin fisuras ni desgarramientos internos, sin vacuidad, sin abismos, en que los más rudimentarios balbuceos de la razón se hallan rigidamente encadenados con las últimas verdades de la fe, aquende o allende la Teología, al modo como, según doctrina tomista, es patrimonio del español de los Siglos de Oro, forjado en instituciones medievales que, preocupadas por el saber más abstracto en algún sentido son, sin embargo, responsables del gran momento científico de la alta Edad Moderna.

Tal vez para la mente demasiado ganada por el esquematismo —mera apariencia de sencillez— de la formación que hoy es uso general, puedan parecer estas reflexiones no poco utópicas en cuanto concluyen por reclamar una cierta desatención o ap'azamiento para los conocimientos concretos que está hecha a considerar importantísimos y de urgencia. Aun cuando así fuese, y verdaderamente se retrasara, en el tiempo, la liberación de las aulas, no equivaldría ello, ni mucho

menos, a un aplazamiento o disminución de la vida; tal vez también en educación, como en la cultura en general, y en todo lo humano, el camino más corto no sea la recta geométrica, sino el que pasa por las estrellas; al menos lleva al alma del hombre sobre lo que está por encima de ella misma. Y ya Séneca, al terminar una de sus exhortaciones, quizá a Lucilio, desde luego a nosotros, exponía como suprema razón: *Sic itur ad astra.*

JOSÉ ARTIGAS

Catedrático del Instituto "Hispano-  
Marroquí" de Enseñanza Media  
del Centro